

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: Hch 2,14.22-33

Entonces Pedro, en pie con los once, levantó la voz y declaró solemnemente:

-Judíos y habitantes todos de Jerusalén, fijaos bien en lo que pasa y prestad atención a mis palabras. Israelitas, escuchad: Jesús de Nazaret fue el hombre a quien Dios acreditó ante vosotros con los milagros, prodigios y señales que realizó por medio de él entre vosotros, como bien sabéis. Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y lo matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, pues era imposible que ésta lo retuviera en su poder, ya que el mismo David dice de él:
Tengo siempre presente al Señor,
porque está a mi derecha,
para que yo no vacile.
Por eso se regocija mi corazón,
se alegra mi lengua,
y hasta mi carne descansa confiada;
porque no me entregarás al abismo,
ni permitirás que tu fiel vea la corrupción.
Me enseñaste los caminos de la vida,
y me saciarás de gozo en tu presencia.
Hermanos, del patriarca David se os puede decir francamente que murió y fue sepultado, y su sepulcro aún se conserva entre nosotros. Pero, como era profeta y sabía que Dios le había jurado solemnemente sentar en su trono a un descendiente de sus entrañas, vio anticipadamente la resurrección de Cristo, y dijo que no sería entregado al abismo, ni su carne vería la corrupción. A este Jesús Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros. El poder de Dios lo ha exaltado, y él habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado, como estáis viendo y oyendo.

Salmo responsorial: Sal 15,1-2a.5-11

R. Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: «Tú eres mi dueño, mi único bien».
Tú, Señor, eres mi copa y el lote de mi heredad,
mi destino está en tus manos.
Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche instruye mi conciencia!
Tengo siempre presente al Señor:
con él a mi derecha jamás sucumbiré.
Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas,
y todo mi ser descansa tranquilo;
porque no me abandonarás en el abismo,

ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción.
Me enseñarás la senda de la vida,
me llenarás de gozo en tu presencia,
de felicidad eterna a tu derecha.

R. Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Segunda lectura: 1 Pe 1,17-21

Y si llamáis Padre al que juzga sin favoritismos y según la conducta de cada uno, comportaos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación. Sabed que no habéis sido liberados de la conducta idolátrica heredada de vuestros mayores con bienes caducos -el oro o la plata-, sino con la sangre preciosa de Cristo, cordero sin mancha y sin tacha. Cristo estaba presente en la mente de Dios antes de que el mundo fuese creado, y se ha manifestado al final de los tiempos para vuestro bien, para que por medio de él creáis en el Dios que lo resucitó de entre los muertos y lo colmó de gloria. De esta forma, vuestra fe y vuestra esperanza descansan en Dios.

Evangelio: Lc 24,13-35

Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos. Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo:
-¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?
Ellos se detuvieron entristecidos, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:
-¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?
Él les preguntó:
-¿Qué ha pasado?
Ellos contestaron:
-Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron



todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo:

-¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciendo:

-Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro:

-¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, que les dijeron:

-Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión: Del libro “Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación

La experiencia de la Resurrección no es algo que se impone sino un proceso, en que lo oculto y oscuro va desvelándose.

Cuando Dios no responde a nuestras expectativas, cuando el sufrimiento o el fracaso oscurece el sentido de la vida, nos solemos preguntar: « ¿Dónde está Dios?»

2. Contemplación

En buena parte, el Nuevo Testamento ha sido escrito como respuesta a esa pregunta. Si Jesús no hubiese resucitado, nada habría sido escrito, pues el Viernes Santo todo se hundió bajo la muerte el fracaso. Los discípulos, decepcionados, volvieron a Galilea, a sus antiguas tareas. Pero la Resurrección no fue la respuesta automática a todas las cuestiones. Hubo que repensar todo, comenzando por releer la fe de Israel, el Antiguo Testamento.

Evidentemente, el discurso de Pedro, el día de Pentecostés (primera lectura), tal como nos lo cuentan los Hechos, es una elaboración tardía de la comunidad cristiana, que, a la luz de la Resurrección, releo el plan salvador de Dios y los textos proféticos, a la vez que busca en el Antiguo Testamento la iluminación de su relectura.

La aparición del Resucitado camino de Emaús (Evangelio de hoy) sintetiza admirablemente cómo la Iglesia experimenta la presencia de Jesús en su caminar por la historia:

- La torpeza del corazón humano para entender el modo de obrar de Dios.
- El escándalo que supone proclamar al Crucificado como Mesías Libertador.
- Cómo Jesús está presente en la Palabra escuchada en comunidad.
- Cómo actúa por su Espíritu Santo, que nos abre el corazón.

— Especialmente, en la Eucaristía, al renovar su Cena.

— Lo cual es inseparable del gesto del compartir, es decir, de su presencia en el forastero y necesitado.

3. Reflexión

Siendo la Eucaristía el signo más claro, para la Iglesia, de la presencia del Resucitado, también ella implica un proceso de fe, en que lo oculto y oscuro va desvelándose. Así son todos los sacramentos.

En el corazón humano hay una tendencia fuerte a objetivar la presencia de Dios y disponer así de su poder. A ello se prestan especialmente los ritos del culto. Por ejemplo, cuando se usa la práctica de los primeros viernes de mes para asegurarse la salvación, o la fe se centra de tal modo en el sagrario de nuestras iglesias y capillas que pierde el sentido de la presencia de Jesús en la comunidad o en las personas necesitadas que pasan a nuestro lado.

Ciertamente, hace falta mucha fe para creer que ese pan y ese Vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. La misma fe que hace falta para percibir en la Iglesia la mediación salvadora que Dios ha dejado en la historia, o para percibir en ese vecino borracho o en ese drogadicto que intenta sacarte unas perras la presencia viva de Jesús. Amar a los pobres en general no es lo mismo que amar a ese pobre concreto que molesta.

La fe necesita hacer un camino y madurar. Para ello hay que aprender a conocer el estilo de Dios, cómo ha roto todos nuestros esquemas sobre Su sabiduría y Su poder. A la luz de la Biblia, especialmente de la vida y obras, muerte y resurrección de Jesús, vamos haciéndonos al ser y actuar de Dios. Cuando un día descubramos la sabiduría y el poder de su Amor, entonces aprenderemos a reconocerlo en la Eucaristía, en el forastero, en la Iglesia.

Nos seguirá extrañando que esté presente precisamente ahí; pero nos extrañará infinitamente más su incalculable Amor. Estaremos tan agradecidos, que será la Eucaristía, cabalmente, nuestro consuelo: ¡poder devolverle tanto amor con el amor de Jesús, ya que el nuestro es tan miserable!

4. Praxis

Reconocer a Jesús en la Palabra y en la Eucaristía.

Reconocer a Jesús en ese vecino a quien tratamos como extraño.

Compartir más lo que somos y tenemos.

TEXTO DE FRANCISCO: Testamento (Test 1-7)

¹El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. ²Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. ³Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco, y salí del siglo. ⁴Y el Señor me dio una tal fe en las iglesias, que así sencillamente oraba y decía: ⁵*Te adoramos, Señor Jesu cristo*, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, *y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo*. ⁶Después, el Señor me dio y me da tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la santa Iglesia Romana, por el orden de los mismos, que, si me persiguieran, quiero recurrir a ellos.